



siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248 MÉXICO 20. D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

EMILIO RUBIN 7. MADRID 33. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

AV PERU 952. BS. AS. ARGENTINA

Rosa Luxemburg

Introducción a la economía política

tapa: miguel de lorenzi

primera edición, 1972

© ediciones pasado y presente

tercera edición, 1975

© siglo xxi editores, s. a.

reimpresión para américa central, caribe y américa del norte
exclusivamente

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

Cuadernos de Pasado y Presente / 35

Córdoba

Muchas veces se da simplemente la siguiente definición de la economía política: ella sería “la ciencia de las relaciones económicas entre los hombres”. Quienes hacen semejante formulación creen evitar de ese modo en la economía mundial los obstáculos de la “economía nacional” al generalizar el problema hacia la indefinición y hablar de la ciencia “de los hombres” en general. Pero las cosas no se aclaran en lo más mínimo mediante la utilización de vaguedades sino que se oscurecen más aún, pues entonces se plantea otra pregunta: si es necesario, y por qué, una ciencia de las relaciones económicas “de los hombres”, es decir de *todos* los hombres, en todos los tiempos y circunstancias.

Tomemos un ejemplo cualquiera de relaciones económicas humanas, un ejemplo lo más simple y claro posible. Trasladémonos al tiempo en que aún no existía la economía mundial actual, en que el comercio de mercancías recién florecía en las ciudades mientras que la economía natural, o sea la producción para satisfacer las necesidades propias, predominaba en el campo, tanto en los grandes dominios territoriales como en las pequeñas explotaciones campesinas. Tomemos, por ejemplo, las relaciones prevaletientes en alta Escocia y descritas por Dugald Stewart en los años cincuenta del siglo pasado:

“En algunas partes de alta Escocia [...] había —según los informes estadísticos— muchos pastores de ovejas y [cotters]* que andaban, con sus mujeres e hijos [...] calzados con zapatos hechos por ellos mismos con cuero que habían curtido, con ropas que no había tocado ninguna mano más que la suya, cuyo material habían obtenido esquilando las ovejas y cultivando lino. En la confección de las ropas no entraban ningún artículo comprado como no fuesen la lezna, la aguja, el dedal y muy pocas piezas de la herrería utilizada en el tejido. Los colorantes los obtenían las mujeres de los árboles, matas y hierbas, etc.” [citado por Karl Marx, *Das Kapital*, t.I, 4a. edic., p.451.]

O bien, tomemos un ejemplo de Rusia donde, hace todavía relativamente poco tiempo, a fines de la década del setenta, reinaba una economía campesina del mismo tipo:

“La tierra que (el campesino del distrito de Viasma, en la gobernación de Smolensk) cultiva le proporciona alimento, vestimenta, casi todo lo que necesita para su existencia: pan, patatas, leche, carne,

* R. L. escribe en su manuscrito junto al concepto de *cotters* la traducción alemana: Häusler [peón]. (*La Red.*)

huevos, lienzo, tela, pieles de oveja y lana para la ropa abrigada... Por dinero obtiene sólo botas y algunas pequeñeces como cinturón, gorra, guantes, así como algunos elementos domésticos necesarios: vajilla de cerámica y de madera, atizadera, marmita, etc.” [Profesor Nicolai Sieber, *David Ricardo y Karl Marx*, Moscú, 1879, p. 480.]

Aún hoy existen economías campesinas en Bosnia y Herzegovina, en Serbia, en Dalmacia. Si se nos ocurriese plantear a un campesino de la alta Escocia o de Rusia, de Bosnia o Serbia, las habituales preguntas profesoras de la economía nacional referentes al “objetivo económico”, el “surgimiento y la distribución de la riqueza”, etc., seguramente abriría los ojos muy grandes. ¿Por qué, y con qué objetivo, trabajamos yo y mi familia o, para usar sus eruditos términos: qué “móviles” nos mueven a “desarrollar actividad económica”? El exclamaría: “Pues, es que tenemos que vivir, y no nos vienen volando palomas asadas a la boca. Si no trabajásemos, tendríamos que morir de hambre. De modo que trabajamos para subsistir para comer según nuestro apetito, llevar ropas limpias y tener sobre la cabeza un techo. ¿Qué producimos, qué dirección imprimimos a nuestro trabajo? ¡Nuevamente, una pregunta boba! Producimos lo que necesitamos, lo que toda familia campesina necesita para vivir. Cultivamos trigo y centeno, avena y cebada, plantamos patatas, criamos vacas y ovejas, gallinas y patos. En invierno se hiela, lo que es cosa de las mujeres, y nosotros los hombres, en cambio, preparamos con hacha, sierra y martillo lo que hace falta en la casa. Llame Ud. a eso como le plazca, agricultura o industria, en cualquier caso tenemos que hacer un poco de todo, porque de todo hace falta en la casa y en los campos. ¿Cómo dividimos estos trabajos? ¡Otra pregunta notable! Los hombres hacen, evidentemente, aquello que requiere la fuerza masculina, las mujeres se ocupan de la casa, las vacas y el gallinero, los niños ayudan aquí y allí. ¿O piensa Ud. que debería enviar a la mujer a cortar leña y ordeñar yo la vaca? (El buen hombre no sabe —paremos nosotros mientes en ello—, que entre muchos pueblos primitivos, por ejemplo entre los indios brasileños, es justamente la mujer la que va al bosque a juntar madera, arrancar raíces y recoger frutos, mientras entre los pueblos pastores de Africa y Asia los hombres no sólo cuidan, sino también ordeñan el ganado. Asimismo, se puede ver todavía hoy en Dalmacia a la mujer que lleva sobre sus espaldas pesadas cargas mientras junto a ella su marido, fuerte como un roble, cómodamente montado en el asno, fuma su pipa. Esta división del trabajo parece allí tan evidente como evidente le parece a nuestro campesino que él tuviese que cortar leña y su mujer ordeñar la vaca.) Y luego: ¿a qué le llamo mi riqueza? ¡Pero eso lo saben todos los niños de la aldea! Es rico el campesino que tiene graneros llenos, un establo bien poblado, una caballeriza considerable, un gran gallinero; y es pobre aquel a quien le queda ya poca harina en Pascua

y en cuya habitación gotea a través del techo cuando llueve. ¿De qué depende la incrementación de mi riqueza? ¿Qué clase de pregunta es ésa? Si tuviese un pedazo más grande de buena tierra, sería naturalmente más rico, y si en verano, no lo quiera Dios, cae un fuerte granizo, esto nos hace pobres a todos los de la aldea en 24 horas.”

Hemos hecho que el campesino respondiese pacientemente a las eruditas preguntas de la economía política, pero estamos seguros de que antes que el profesor, llegado con libro de apuntes y pluma fuente a desarrollar investigaciones científicas a un hogar campesino en alta Escocia o Bosnia, llegase a la mitad de sus preguntas, ya se vería obligado a ganar la puerta e irse. En realidad, todas las relaciones de una economía campesina de esas características son tan evidentemente sencillas y transparentes, que su disección con el bisturí de la economía política aparece como un juego ocioso.

Claro que pueden objetarnos que quizá hayamos elegido poco acertadamente el ejemplo al poner los ojos en una economía campesina pequeña, autosuficiente, en la que en cualquier caso la mayor simplicidad está determinada por la mezquindad de los medios disponibles y de las dimensiones. Tomemos, pues, otro ejemplo: dejemos el pequeño hogar campesino que sobrelleva su modesta existencia en cualquier rincón olvidado del mundo, y dirijamos la mirada a la más alta cumbre de un poderoso imperio, a la economía de *Carlomagno*. Este emperador, quien a comienzos del siglo IX hizo del Imperio Alemán el más poderoso de Europa, quien para ensanchar y afianzar su imperio emprendió no menos de 53 acciones guerreras y unificó bajo su cetro, además de la actual Alemania, también a Francia, Italia, Suiza, la parte norte de España, Holanda y Bélgica, pensaba mucho en las relaciones económicas reinantes en sus posesiones y granjas. El mismo redactó un documento legal particular referente a los principios económicos de sus granjas, que consta de 70 párrafos: el famoso *Capitulare de villis*, o sea ley de las granjas, documento que, afortunadamente, se ha conservado en medio del polvo y moho de los archivos como joya inestimable de la tradición histórica. Merece atención muy especial por dos razones. En primer término, la mayoría de las granjas de Carlomagno se convirtieron después en importantes ciudades imperiales, por ejemplo Aachen (Aquisgrán), Colonia, Munich, Basilea, Estrasburgo y muchas otras grandes ciudades fueron hace tiempo granjas del emperador Carlos. En segundo término, las indicaciones económicas de Carlos fueron un modelo para todas las grandes posesiones laicas y eclesiásticas de la alta Edad Media. Los establecimientos de Carlos recogieron las tradiciones de la antigua Roma y del modo de vida refinado de sus villas patricias, para trasplantarlas al medio ambiente más basto de la joven nobleza guerrera germánica, y sus prescripciones sobre el cultivo de la

vid, de jardines, de frutas y legumbres, la cría de aves, etc., constituyeron un acto histórico de civilización.

Examinemos ahora más detalladamente el documento. El gran emperador exige ante todo que se le sirva honradamente y que se cuide en sus posesiones que sus súbditos estén al abrigo de la miseria; no debe recargárseles de trabajo; si trabajan durante la noche, debe compensarse. Pero los súbditos, a su vez, deben cuidar honradamente de la viña y embotellar el vino una vez exprimida la uva para que no sufra menoscabo. Cuando se sustraen a sus obligaciones, son castigados "en las espaldas u otras partes". Continúa el emperador prescribiendo que en sus posesiones se críen abejas y gansos; las aves deben ser bien mantenidas y multiplicadas. También debía prestarse la mayor atención al incremento de las existencias de vacas y yeguas, lo mismo que de ovejas.

También queremos, escribe el emperador, que nuestros bosques sean trabajados con discernimiento, que no se los tale y que en ellos haya gavilanes y halcones. Debe haber siempre a nuestra disposición gansos y pollos gordos; los huevos que no se utilicen internamente deben venderse en el mercado. En cada una de nuestras granjas debe haber acopio de plumones, colchones, colchas, vajilla de cobre, plomo, hierro y madera, cadenas, calderas, hachas, taladros, de modo que no sea necesario pedir nada a nadie. El emperador prescribe luego que se le rindan cuentas exactas de las rentas de sus posesiones, y precisamente cuánto se produjo de cada cosa, y enumera: legumbres, mantequilla, queso, miel, aceite, vinagre, nabos "y otras pequeñeces", como dice el texto del famoso documento. Luego prescribe el emperador que en cada uno de sus dominios haya artesanos duchos en cada oficio en número suficiente, enumerando luego en detalle los oficios. Luego señala Navidad como la fecha en la que exige anualmente las cuentas de sus riquezas, y el más pequeño de los campesinos no cuenta con más minucia cada cabeza de ganado y cada huevo de su granja, que el gran emperador Carlos. El párrafo 62 del documento indica: "Es importante que sepamos cuánto tenemos de cada cosa." Y enumera otra vez: bueyes, molinos, madera, barcos, vides, legumbres, lana, lienzo, cáñamo, frutas, abejas, pescado, pieles, cera y miel, vinos nuevos y añejos y lo demás que se le entrega. Y añade cándidamente, para consuelo de los queridos súbditos que han de entregar todo eso: "Esperamos que todo esto no os parecerá demasiado duro, puesto que podéis por vuestro lado exigirlo también, ya que cada uno es señor en sus posesiones." Luego encontramos indicaciones precisas sobre la forma de envasar y transportar los vinos que, por lo visto, constituían un especial problema de gobierno del gran emperador: "El vino debe transportarse en cubas con varillas de hierro ajustadas, y nunca en tubos. En lo referente a la harina, debe transportarse en carros dobles y cubiertos con cuero de modo que

puedan pasar los ríos sin sufrir daño. Quiero también que se me rindan cuentas precisas de los cuernos de mis carneros y chivos, así como de las pieles de los lobos que se matan cada año. En el mes de mayo debe declararse sin demora una guerra inexorable a los jóvenes lobatos." Finalmente, en el último párrafo, Carlos enumera también todas las flores, árboles y hierbas que quiere que se cultiven en sus posesiones: rosas, azucenas, romero, cohombro, cebolla, rabanitos, comino, etc. El famoso documento legal se cierra prácticamente con la enumeración de diversas variedades de manzanas.

Este es el cuadro de la economía imperial en el siglo IX y, aunque se trate en este caso de uno de los príncipes más poderosos y ricos de la Edad Media, nadie podrá negar que esta economía y sus principios recuerdan sorprendentemente a aquel pequeño hogar campesino que hemos descripto anteriormente. También aquí, si se nos ocurriese plantearle las consabidas preguntas básicas de la economía política referentes a la esencia de la riqueza, el objetivo de la producción, la división del trabajo, etc., el imperial dueño de casa nos señalaría con ademán principesco las montañas de granos, lana y cáñamo, los toneles llenos de vino, aceite y vinagre, los establos llenos de vacas, bueyes y ovejas. Y en verdad tampoco sabríamos qué es propiamente lo que la ciencia de la economía política debería investigar y desentrañar en términos de misteriosas "leyes", puesto que todas las conexiones, las causas y los efectos, el trabajo y su resultado son claros como la luz del día.

Quizás el lector nos señale que nuevamente hemos elegido mal el ejemplo. Después de todo, surge del documento de Carlomagno que no se trata aquí de las relaciones económicas públicas del Imperio alemán sino de la economía privada en las posesiones del emperador. Pero si se oponen esos dos conceptos, se cometerá seguramente un error histórico en relación con la Edad Media. Es cierto que el capitular se refería a la economía de las granjas y posesiones del emperador Carlos, pero esta economía la llevaba adelante él como soberano, no como individuo privado. O mejor dicho: el emperador era señor de la tierra en sus posesiones, pero todo noble señor era en la Edad Media, es decir en los tiempos posteriores a Carlomagno, prácticamente como ese emperador en pequeño, es decir en virtud de su propiedad territorial señorial y libre era ya legislador, beneficiario de los impuestos y juez frente a la población de sus dominios. La forma misma de las prescripciones económicas de Carlos, de las que hemos tomado conocimiento, prueba que eran realmente actos de gobierno: constituyen una de las 65 leyes o "capitulares" de Carlos las que, redactadas por el emperador, eran publicadas en la asamblea anual de los grandes del imperio. Y las determinaciones sobre los rabanitos y las cubas con varillas de hierro para el vino surgen de la misma soberanía y están concebidas en el mismo estilo que, por ejemplo, la

amonestación a los clérigos en la *Capitula Episcoporum*, la “ley episcopal” donde Carlos se dirige a los servidores del Señor y los amonesta enérgicamente para que no blasfemen, no se embriaguen, no frecuenten malos lugares ni mantengan mujeres y para que no vendan demasiado caros los santos sacramentos. Podemos buscar en toda la Edad Media, pero no encontraremos en ninguna parte una empresa económica para la cual no haya servido de ejemplo la de Carlomagno, ya se trate de posesiones de la nobleza, o bien de la pequeña explotación campesina descrita anteriormente, de familias campesinas aisladas que trabajan para sí mismas o de comunidades cooperativas.

Lo más sorprendente en ambos ejemplos es que aquí las necesidades de la vida humana guían y determinan tan directamente el trabajo, y el resultado corresponde tan precisamente al propósito y la necesidad, que las relaciones presentan una sorprendente sencillez y nitidez ya sea en grande o en pequeña escala. El pequeño campesino en su parcela y el gran monarca en sus fincas saben con toda precisión qué quieren obtener mediante la producción. Y no es muy difícil saberlo: ambos quieren satisfacer las necesidades naturales del hombre: alimento y bebida, vestimenta y comodidad. La única diferencia es que el campesino duerme sobre un saco de paja y el gran señor de la tierra sobre blandos plumones, aquél bebe en la mesa cerveza y aguamiel, o incluso agua clara, mientras que éste bebe vinos generosos. La diferencia radica solamente en la cantidad y las calidades de los bienes producidos. Pero los fundamentos de la economía y su objetivo, la satisfacción de las necesidades humanas, no cambian. El resultado corresponde, con la misma evidencia, al trabajo que procede de ese cometido natural. También aquí, en el proceso de trabajo, hay diferencias: el campesino trabaja él mismo con los miembros de su familia y obtiene de su trabajo tanto fruto como pueden proporcionarle su parcela de tierra y su participación en la dula o, más exactamente —puesto que hablamos aquí de los campesinos siervos de la Edad Media— lo que le queda por encima de las gabelas y corveas entregadas en tributo al señor y a la Iglesia. El emperador, o cualquier otro noble señor, no trabaja por sí mismo, sino que hace trabajar para él a sus súbditos y campesinos tributarios. Ya sea que cada campesino trabaje con su familia para el señor por su cuenta, o que todos juntos lo hagan bajo la dirección del jefe de la aldea o del capataz de corvea, el resultado de este trabajo no es otra cosa que cierta cantidad de medios de subsistencia en sentido estricto, es decir simplemente lo que se necesita y más o menos tanto como se necesita. Se puede dar a esa economía tantas vueltas como uno quiera sin encontrar en ella ningún enigma que haya que sondear mediante profundas investigaciones, mediante una ciencia particular. Hasta el más tonto de los campesinos sabía perfectamente en la Edad Media de qué dependía su “riqueza” o, más bien, su pobreza, aparte de los

fenómenos naturales que, de tanto en tanto, plagaban tanto las tierras señoriales como las campesinas. Sabía perfectamente que su indigencia campesina tenía una causa muy sencilla y directa: primero, la ilimitada exacción que ejercían los señoríos en corveas y tributos; segundo, los latrocinios que ejercían los mismos señoríos sobre las tierras comunitarias, bosques, prados y aguas. Y lo que sabía el campesino, lo gritaba muy alto al mundo en las guerras campesinas, lo mostraba al incendiar la casa de sus chupasangres. Lo que quedaba por investigar era solamente el origen histórico y el desarrollo de aquellas relaciones, se trataba de saber cómo era posible que en toda Europa las tierras campesinas, antiguamente libres, hubieran sido transformadas en señoríos nobles sujetos a tributo y renta, así como el campesinado antiguamente libre lo había sido en una masa de súbditos sujetos a corvea y luego también siervos de la gleba.

Las cosas tienen un aspecto completamente distinto si consideramos un fenómeno cualquiera tomado de la vida económica *actual*. Tomemos como ejemplo uno de los fenómenos más dignos de atención, más destacados: la *crisis comercial*. Todos hemos experimentado ya muchas grandes crisis comerciales e industriales y conocemos por experiencia propia ese proceso tan clásicamente descrito por *Friedrich Engels*: “El tráfico queda bloqueado, los mercados se saturan, los productos se almacenan tan masiva cuanto invendiblemente, el dinero líquido se hace invisible, desaparece el crédito, se paran las fábricas, las masas trabajadoras carecen hasta de alimentos por haber producido demasiado, una bancarrota sigue a la otra, y lo mismo ocurre con las ejecuciones forzosas en los bienes. Esa situación de bloqueo dura años, fuerzas productivas y productos se desperdician en masa, se destruyen, hasta que las acumuladas masas de mercancías, tras una desvalorización mayor o menor, van saliendo finalmente, y la producción y el intercambio vuelven paulatinamente a funcionar. La marcha se acelera entonces progresivamente y pasa a ser trote; el trote industrial se hace luego galope, y ésta vuelve a culminar en la carrera a rienda suelta de un completo *steep-chase* [carrera de obstáculos] industrial, comercial, crediticio y especulativo, para llegar finalmente, tras los más audaces saltos, a la fosa del nuevo *crack*.” [F. Engels, *Anti-Dühring*, Grijalbo, México, 1964, p. 273.] Todos sabemos que semejante crisis comercial es el terror de todo país moderno, y resulta muy significativa la forma en que se anuncia la proximidad de una crisis. Después de transcurridos algunos años de prosperidad y de buena marcha de los negocios se inicia aquí y allí, en la prensa, un oscuro murmullo, en la bolsa se dan a conocer inquietantes informes particulares sobre bancarrotas, luego las señales que aparecen en la prensa se hacen más audibles, la bolsa se intranquiliza cada vez más, la Banca estatal eleva la tasa de descuento, es decir que dificulta y limita el crédito que se concede, hasta que llegan como un aguacero

los informes referentes a bancarrotas y congestiones. Y cuando la crisis está en plena marcha estalla la polémica sobre quién es responsable de ella. Los hombres de negocios echan la culpa a la brusca interrupción del crédito por parte de los bancos, a la insania especulativa de la gente de la bolsa, los de la bolsa a los industriales, los industriales a la falta de dinero en el país, etc. Y cuando los negocios comienzan a ponerse nuevamente en marcha, la bolsa, los periódicos, anotan con alivio los primeros síntomas de mejoría, hasta entronizar se nuevamente por un período la esperanza, la calma y la seguridad. Lo digno de atención es que todos los interesados, toda la sociedad, trata y maneja la crisis como algo que escapa a la esfera de la voluntad y el cálculo humanos, como un golpe fatal dado por una potencia invisible, como una prueba enviada por el cielo a la manera de, digamos, una fuerte tempestad, un terremoto o una inundación. Hasta el lenguaje en el que los periódicos comerciales suelen informar sobre una crisis, emplea con deleite expresiones como: "el cielo hasta aquí sereno del mundo de los negocios empieza a cubrirse de nubes más sombrías", o cuando se trata de una brusca elevación de la tasa de descuento bancaria, se la pone bajo el inevitable título de "signos de tempestad", así como después leemos que se anuncia una tormenta y que el horizonte está sereno. Este modo de expresarse significa a su vez algo más que la insipidez de las plumas del mundo de los negocios, es absolutamente típica de la acción peculiar, semejante por decirlo así a la de una ley natural, de la crisis. La sociedad moderna advierte su proximidad con sobresalto, inclina el pescuezo temblorosa ante el granizo, espera que termine la prueba a la que se ve sometida y luego vuelve a erguir la cabeza, primero temerosa e incrédula, finalmente con calma recuperada. Es exactamente la forma cómo, en la Edad Media, el pueblo esperaba el estallido de una gran hambruna o de la peste; cómo hoy el hombre de campo soporta una fuerte tempestad con granizo; la misma perplejidad y la misma impotencia frente a la dura prueba. Sólo que la hambruna, como la peste, aunque en último análisis constituyen fenómenos sociales, son en primer término y directamente resultados de fenómenos naturales: mala cosecha, difusión de gérmenes portadores de enfermedades, etc. La tempestad es un acontecimiento elemental de la naturaleza física, y ningún ser humano está en condiciones, al menos en el estado actual de las ciencias de la naturaleza y de la técnica, de provocar o impedir una tempestad. Pero, ¿qué es la crisis moderna? Consiste, según sabemos, en que se han producido demasiadas mercancías, las cuales no encuentran salida y en que, como consecuencia, el comercio y con él la industria se encuentran bloqueados. Pero la producción y venta de mercancías, el comercio, la industria... son relaciones puramente humanas. Son los hombres mismos quienes producen mercancías y los propios hombres quienes las compran, el comercio se efectúa de hom-

bre a hombre; no encontramos en las circunstancias que constituyen la crisis moderna ni un solo elemento que se encuentre fuera del ámbito de la actividad humana. No es, pues, sino la propia sociedad humana quien provoca periódicamente la crisis. Y, sin embargo, sabemos a la vez que la crisis es un verdadero azote de la sociedad moderna, que se la espera con temor y se la soporta con desesperación, que nadie la desea ni la promueve. Pues, excepto algunos tiburones de la bolsa, que buscan enriquecerse rápidamente en la crisis a costa de otros, pero que a menudo caen ellos mismos en la trampa, la crisis representa para todos un peligro o perjuicio. Nadie desea la crisis, y pese a ello se produce. Los hombres la crean con sus propias manos, y sin embargo no quieren que ocurra por nada del mundo. Tenemos aquí, ante nosotros, realmente un enigma de la vida económica, que no sabe explicarnos ninguno de los interesados. El campesino medieval producía en su pequeña parcela, en parte, lo que quería y necesitaba su señor, y en parte lo que quería y necesitaba él mismo: granos y ganado, medios de vida para sí y su familia. El gran señor hacía producir para sí, en la Edad Media, lo que quería y necesitaba: granos y ganado, buenos vinos y ropas finas, medios de vida y objetos de lujo para sí y su corte. La sociedad actual, en cambio, produce lo que no quiere ni necesita: crisis. Produce de tanto en tanto medios de vida que no puede utilizar, sufre periódicamente hambre mientras hay enormes almacenes llenos de productos invendibles. La necesidad y la satisfacción, el cometido y el resultado ya no se corresponden, hay entre ellos algo oscuro, enigmático.

Tomemos otro ejemplo, generalmente conocido, demasiado conocido para los obreros de todos los países: la *desocupación*.

La desocupación no es ya, como la crisis, un cataclismo que venga a asolar a la sociedad de tiempo en tiempo: hoy, en mayor o menor grado, se ha tornado un fenómeno anexo, cotidiano y constante, de la vida económica. Las categorías mejor organizadas y remuneradas de obreros, que llevan listas de desocupados, anotan una cadena ininterrumpida de cifras para cada año y cada mes y cada semana dentro del año; estas cifras sufren fuertes oscilaciones, pero no se extinguen nunca totalmente. La impotencia de la sociedad actual frente a la desocupación, ese espantoso flagelo de la clase obrera, se pone en evidencia cada vez que las dimensiones de este infortunio se hacen tan considerables que obligan a los cuerpos legislativos a ocuparse de ella. El curso normal de semejantes tratativas culmina, después de largos dimes y diretes, en la decisión de llevar a cabo una encuesta, una investigación, sobre el número de desocupados. Todo se limita, en lo fundamental, a medir el estado actual del infortunio como se mide el nivel alcanzado por el agua en una inundación y, en el mejor de los casos, para reducir algo los efectos de la desgracia mediante leves medios paliativos en forma de subsidios de desocupación —fun-

damentalmente a costas de los mismos trabajadores empleados—, sin intentar siquiera la eliminación del propio mal.

A comienzos del siglo XIX el gran profeta de la burguesía inglesa, el clérigo *Malthus*, había proclamado el siguiente principio, con la brutalidad escalofriante que lo caracterizaba: “Quien ha nacido en un mundo ya distribuido en propiedad, en caso de no poder obtener medios de existencia de sus parientes, sobre los cuales tiene derecho a ciertas exigencias, y si la sociedad no requiere su trabajo, no tiene derecho a la más pequeña cantidad de alimento y, en realidad, no tiene nada que hacer en este mundo. En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto para él. La naturaleza le da a entender que se aparte y cumpla prontamente su propia orden”. La sociedad oficial de nuestros días, con la hipocresía “social-reformista” que le es propia, no ve con buenos ojos exteriorizaciones de tan burda sinceridad. En los hechos, sin embargo, termina por dejar que los proletarios desocupados, “cuyo trabajo no requiere”, de uno u otro modo, sean “apartados”, rápida o lentamente, de este mundo, como lo demuestran las cifras de aumento de las enfermedades, de mortalidad infantil, de delitos contra la propiedad durante todas las grandes crisis.

¡La comparación a la que hemos recurrido entre la desocupación y una inundación muestra simplemente que somos *menos* impotentes frente a los hechos elementales de la naturaleza física que ante nuestros propios asuntos, puramente sociales, puramente humanos! Las periódicas inundaciones que, en primavera, ocasionan tan enormes daños en el este de Alemania, son en definitiva sólo una consecuencia de nuestra impericia en materia de hidrografía. La técnica provee ya en su estado actual medios suficientes para proteger la agricultura de la violencia de las aguas, inclusive para la utilización de esta fuerza, solo que estos medios no son aplicables sino en gran escala, mediante una organización racional y coherente que debería transformar toda el área afectada, disponer de modo adecuado las tierras labrantías y los prados, construir diques y presas, regular ríos. Ciertamente es esta gran reforma no se emprende, en parte porque ni los capitalistas privados ni el estado quieren destinar los medios necesarios para tal empresa, en parte porque chocaría, en la gran área que habría que abarcar, con las barreras que representan los derechos privados de propiedad territorial más diversos. Pero la sociedad actual ya tiene en sus manos los medios para precaverse del peligro de las aguas y sujetar el furioso elemento, aunque no está en condiciones de utilizarlos. En cambio, en la sociedad actual aún no se ha descubierto un medio de contrarrestar la desocupación. Y sin embargo, no es ningún elemento, ningún fenómeno físico de la naturaleza, ninguna fuerza sobrehumana, sino un producto puramente humano de las relaciones económicas. Y, también en este caso, volvemos a encontrarnos ante

un enigma económico, ante un fenómeno que nadie provoca, nadie desea conscientemente, y que sin embargo se produce con la regularidad de un fenómeno natural, en cierta medida por sobre los hombres.

Pero no necesitamos recurrir a fenómenos notorios de la vida actual como las crisis y la desocupación, es decir únicamente a calamidades y casos de carácter extraordinario que, según la imagen tradicional, constituyen la excepción en el curso normal de las cosas. Tomemos un ejemplo, el más común de la vida cotidiana, que se repite miles de veces en todos los países: las *oscilaciones de los precios de las mercancías*. Todos los niños saben que los precios de todas las mercancías no son algo fijo e invariable sino que, por lo contrario casi a diario, a menudo incluso cada hora, suben o bajan. Tomemos cualquier periódico, examinemos el informe de la bolsa de productos, y leeremos sobre los cambios de precios del día anterior: Trigo —por la mañana, ambiente flojo, hacia el mediodía algo más animado, hacia el cierre de la bolsa aumentan los precios, o bien a la inversa. Lo mismo ocurre con respecto al cobre y al hierro, al azúcar y al aceite de colza. Y también con las acciones de las diversas empresas industriales, con los papeles estatales y privados en la Bolsa de valores. Las oscilaciones de precios son un fenómeno continuo, cotidiano, plenamente “normal” de la vida económica actual. A través de estas oscilaciones de precios, con todo, se consumen cada día y cada hora modificaciones del estado patrimonial de los propietarios de todos estos productos y valores. Si suben los precios del algodón, crece momentáneamente la fortuna de todos los comerciantes y fabricantes que disponen de stocks de algodón en sus depósitos, si bajan los precios, aquellas fortunas se diluyen en correspondencia con ello. Si suben los precios del cobre, se enriquecen los accionistas de minas de cobre, y si los precios caen ellos se empobrecen. De este modo, hay personas que pueden convertirse en millonarios o en mendigos a raíz de simples oscilaciones de precios sobre la base de un telegrama bursátil y en pocas horas, y es éste el basamento esencial de la especulación bursátil con todos sus engaños. El señor medieval podía hacerse más rico o más pobre a raíz de una buena o mala cosecha; o se enriquecía cuando había obtenido un buen botín como jinete salteador, acechando a algún mercader en su camino; o bien —y éste era por lo general el medio favorito y de más seguro éxito— aumentaba su riqueza cuando le era posible explotar más que antes a sus siervos mediante la elevación de las corveas y tributos exigidos. Hoy en día puede uno hacerse súbitamente rico o pobre sin la menor intervención suya, sin mover un dedo, sin ningún hecho natural, sin que nadie le haya regalado ni robado violentamente nada. Las oscilaciones de los precios son, por así decirlo, un movimiento misterioso que, guiado por un poder invisible a espaldas de los hombres, determinan una modifica-

ción y oscilación incesante en el reparto de la riqueza social. La gente toma conocimiento simplemente de este movimiento como se lee la temperatura en el termómetro, o la presión atmosférica en el barómetro. Y, sin embargo, los precios de las mercancías y su movimiento son evidentemente un asunto puramente humano y no cosa de magia. Nadie más que los propios hombres producen las mercancías con sus propias manos ni determinan sus precios, aunque también en este caso resulta de su acción algo que nadie ha previsto ni pretendido; aquí nuevamente la necesidad, el objetivo y el resultado de la acción económica de los hombres han caído en abierto desacuerdo entre sí.

¿Cómo es que, y según qué oscura ley, la propia vida económica de los hombres se somete a espaldas de éstos a tan extraños fenómenos? Sólo una indagación científica de la cuestión puede permitir su esclarecimiento. Es necesario, mediante una investigación rigurosa, mediante una reflexión, análisis y comparaciones más profundas, resolver todos estos enigmas, o sea desentrañar las relaciones ocultas que determinan que los resultados de la actividad económica del hombre no coincidan más con sus intenciones, con su voluntad, en pocas palabras, con su conciencia. La tarea de la investigación científica consiste en descubrir la falta de conciencia de que sufre la economía de la sociedad, y así llegamos directamente a la raíz de la economía política.

De su viaje alrededor del mundo *Darwin* nos relata lo siguiente sobre los habitantes de Tierra del Fuego: "No es raro que padezcan hambre: oí a Mr. Low, patrón de un barco dedicado a la caza de focas, muy bien relacionado con los indígenas de esta región, referir la situación en que se hallaron 150 fueguinos de la costa occidental a consecuencia de la falta de alimentos. Una serie no interrumpida de temporales impidió a las mujeres recoger mariscos en las rocas, mientras los hombres se vieron en la imposibilidad de salir en sus canoas a cazar focas. Un pequeño grupo de estos hombres salió una mañana, y los otros indios le explicaron a Mr. Low que iban a hacer un viaje de cuatro días en busca de alimentos. Cuando regresaron, Low les salió al encuentro y los halló excesivamente cansados, pues cada hombre iba cargado con una gran pieza de una ballena pútrida, con un agujero en medio, por el que metía la cabeza, como lo hacen los gauchos con sus ponchos o mantas de abrigo. No bien se llevó la ballena a una cabaña, un viejo la cortó en lonjas y, musitando entre dientes algunas palabras, puso aquellas sobre el fuego por un minuto y las distribuyó entre el hambriento grupo, que durante este tiempo guardó el silencio más profundo." [Darwin, *Voyage of a naturalist round the world*, p. 245.]

Esta es la vida de uno de los pueblos más atrasados de la tierra. En este caso, son todavía extremadamente estrechos los límites dentro de

los cuales pueden ejercerse la voluntad y la organización consciente de la economía. Aquí los hombres se apoyan aún enteramente en los andadores de la naturaleza exterior y dependen de su favor o de su rigor. Pero dentro de los estrechos márgenes descritos, en esta pequeña sociedad de unos 150 individuos, se verifica la organización de conjunto. La previsión para el futuro se manifiesta ante todo bajo la forma miserable de la provisión de grasa de ballena rancia. Pero la magra provisión es repartida entre todos mediante un cierto ceremonial y todos toman parte, bajo una dirección planificada, en el trabajo de procurarse los alimentos.

Tomemos un *oikos* griego, una economía doméstica antigua con esclavos que constituía efectivamente un "microcosmos", un pequeño mundo en sí mismo. En este caso reina ya la mayor desigualdad social. La escasez primitiva ha dejado sitio a un cómodo excedente en frutos del trabajo humano. Pero el trabajo corporal se ha convertido en maldición de unos, el ocio en el privilegio de otros, el propio trabajador es propiedad del que no trabaja. Pues bien, de esta relación de dominación resulta también la más rigurosa planificación de la economía, del proceso de trabajo, de la distribución. La voluntad determinante del amo es su fundamento, el látigo del capataz de esclavos su sanción.

En el señorío feudal de la Edad Media, la despótica organización de la economía adquiere prontamente la fisonomía de un código circunstanciado, elaborado de antemano, en el cual están indicados clara y firmemente el plan de trabajo, la división del trabajo, las obligaciones y derechos de cada uno. En el umbral de este período histórico se encuentra aquel hermoso documento que ya conocemos: el *Capitulare de vilis*, iluminado por la abundancia de las satisfacciones materiales que constituyen la meta exclusiva de la economía. Concluye con el lóbrego código de las corveas y los tributos, dictado por la codicia de los señores feudales, que desemboca en el siglo XV en la guerra campesina en Alemania para, algunos siglos más tarde, convertir al campesino francés en aquel ser miserable y medio bestializado al que recién la estridente campana de rebato de la gran revolución lanzará a la lucha por sus derechos de hombre y de ciudadano. Pero mientras la revolución no hubo barrido el señorío feudal, fue, aún en medio de esa miseria, la relación directa de dominación lo que determinó firme y claramente al conjunto de la economía feudal como un destino inevitable.

Hoy no conocemos amos ni esclavos, barones feudales ni siervos. La libertad y la igualdad ante la ley han eliminado formalmente todas las relaciones despóticas, al menos en los estados burgueses antiguos. En las colonias —como se sabe— la esclavitud y la servidumbre son introducidas con bastante frecuencia por esos mismos estados. Pero allí donde la burguesía está en su casa, la única ley que preside las

relaciones económicas es la *libre competencia*. Con ello, sin embargo, ha desaparecido de la economía todo plan, toda organización. Es cierto que si observamos una empresa determinada, una fábrica moderna o un poderoso complejo de fábricas y talleres, como Krupp, una explotación agrícola avanzada en Norteamérica, encontramos allí la más estricta organización, la división del trabajo más desarrollada, la planeación más refinada, basada en el conocimiento científico. Allí todo marcha del modo más maravilloso, dirigido todo por *una* voluntad, *una* conciencia. No bien trasponemos las puertas de la fábrica o la granja, sin embargo, nos encontramos ya con el caos. Mientras las innumerables partes —y una empresa privada actual, aun la más gigantesca, es sólo un fragmento de los grandes conjuntos de la economía que se extienden a lo largo de toda la tierra—, mientras las partes están organizadas del modo más estricto, el conjunto de la llamada “economía política”, es decir de la economía mundial capitalista, es absolutamente inorgánico. En el conjunto, que se enrosca sobre océanos y continentes, no se hace valer ningún plan, ninguna conciencia, ninguna regulación; sólo la acción de fuerzas desconocidas e indómitas desarrolla con el destino económico de los hombres su caprichoso juego. Es cierto que un prepotente soberano gobierna hoy a la humanidad laboriosa: *el capital*. Pero la forma en que gobierna no es el despotismo, sino la *anarquía*.

Es ésta quien hace que la economía social determine resultados inesperados y enigmáticos para los hombres intervinientes, ella hace que la economía social se haya convertido en un fenómeno extraño a nosotros, enajenado, independiente de nosotros, cuya ley tenemos que desentrañar lo mismo que investigamos los fenómenos de la naturaleza exterior, como buscamos desentrañar las leyes que gobiernan la vida del reino vegetal y del reino animal, las transformaciones de la corteza terrestre y los movimientos de los cuerpos celestes. El conocimiento científico tiene luego que averiguar el sentido y las normas de la economía social que el plan conscientemente establecido no le ha dictado de antemano.

Es evidente ahora por qué es imposible para los economistas burgueses determinar claramente la esencia de su ciencia, poner el dedo en las heridas de su orden social, denunciar su caducidad. Captar y reconocer que la anarquía es el elemento vital de la dominación del capital significa pronunciar simultáneamente una condena a muerte, significa decir que a su existencia sólo le queda un plazo de gracia. Por eso los abogados oficiales de la dominación del capital tratan, mediante toda clase de artificios verbales, de velar los hechos, de desviar la mirada del cogollo a la envoltura exterior, de la economía mundial a la “economía nacional”. Ya en el primer paso sobre el umbral del conocimiento económico, ya en la primera, fundamental cuestión referente a qué es propiamente la economía política y cuál

su problema básico, se dividen actualmente los caminos del conocimiento burgués y del conocimiento proletario. Con esta primera pregunta, por muy abstracta e indiferente para las luchas sociales del presente que pueda parecer a primera vista, se anuda ya un lazo particular entre la economía nacional como ciencia y el proletariado moderno como clase revolucionaria.